

Tiempo, Talentos y Tesoro para acoger al que viene

P. Ángel L. Ciappi

noviembre de 2011

El Adviento es un ejercicio de vida, pues toda nuestra vida es en realidad un advenimiento: es preparar el nacimiento cada vez más perfecto de Jesús en nosotros hasta alcanzar la comunión plena en la eternidad. Cuando comenzamos a celebrar la Navidad antes de que llegue, sin vivir primero el Adviento que la prepara (como hace el mundo que nos rodea) la vaciamos de significado y ya no entendemos ni experimentamos lo que significa que el mismísimo Dios en persona quiera vivir y actuar como Dios en cada uno de nosotros. No hay Navidad sin Adviento. Igual que no se puede celebrar una fiesta si primero no se llevan a cabo los preparativos.

Por tanto, el Adviento es tiempo de ejercitarse en la paciencia. La impaciencia es uno de los males que aquejan a nuestro mundo. Nuestro tiempo le pertenece a Dios y es para Dios. Para el corresponsable, el Adviento es quitar los obstáculos que impiden que Dios sea el dueño de nuestro calendario. La impaciencia lleva a muchos a no rezar o a no rezar bien. El Adviento exige dedicar tiempo a estar con Dios. Porque la Navidad es obra de Dios: es Él quien escoge la manera, el lugar y el tiempo para actuar. A nosotros nos toca estar preparados para reconocer su acción y no bloquearla, sino apoyarla.

Otro de los requisitos para abrirnos a la acción de Dios es el silencio, interior y exterior. ¡Pero cómo nos cuesta hacer silencio! Adviento es tiempo para silenciar los cinco canales que son nuestros cinco sentidos externos y para aquietar nuestra mente y memoria, porque nos preparamos para recibir al que viene (no al que nosotros inventamos), al totalmente Otro que sólo se conoce mediante la apertura a una comunión amorosa (no al otro del que podemos conocer algo con nuestros sentidos). Esto, además de una necesidad espiritual es también requisito para nuestra salud emocional y física. Vivir el silencio nos capacita para entregar nuestros talentos no para lo que a nosotros se nos antoja (que lamentablemente es lo que solemos hacer), sino a lo que desea la voluntad amorosa de Dios. Entonces experimentaremos que el silencio no es vacío y ausencia, sino plenitud y presencia de Aquél que viene cada día a nosotros.

El apego a los bienes materiales, sobre todo al dinero, suele obstaculizar nuestra comunión con Dios y con los hermanos. Adviento es tiempo para la generosidad al compartir nuestro tesoro. Pero no se trata de comprar y comprar regalos para quedar bien, para devolver lo que nos dan o para competir a ver quien regala mejor. Se trata de “enderezar” nuestro uso del tesoro con la voluntad y el estilo de Dios. ¿A qué destinaría Dios, si estuviese en nuestro lugar, los recursos económicos que tenemos? ¿Con quienes los compartiría? ¿En qué medida lo haría con cada destinatario? El Adviento es eliminar todo lo que impide que Dios sea el dueño de nuestra billetera o monedero.

Meditemos en Santa María y cómo preparó la primera Navidad. Pidámosle su ayuda para crecer en paciencia, silencio y generosidad. Y que esta Navidad lo sea en verdad también en ti y en mí.